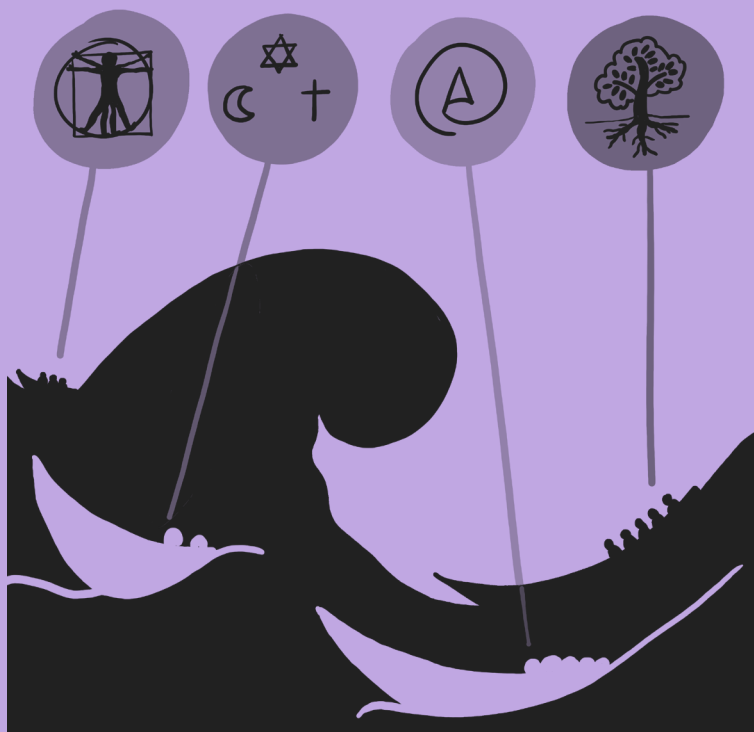


El coronavirus: espejo de creencias

Josep F. Mària



EL CORONAVIRUS: ESPEJO DE CREENCIAS

Josep F. Mària

1. Introducción	3
2. La génesis de las creencias en occidente	6
3. El coronavirus como sindemia	11
4. Creer en la naturaleza	13
5. Creer en la humanidad	16
6. Creer en Dios	20
7. No tener creencias	22
8. Conclusión	24
Notas	29
Preguntas para la reflexión	31

Josep F. Mària. Jesuita. Doctor en Economía (Universitat de Barcelona). Licenciado en Teología (Facultat de Teologia de Catalunya). Profesor de Responsabilidad Social Corporativa y de Análisis Social en ESADE. Ha publicado con Cristianisme i Justícia: *La Globalización* (Cuaderno 103), *El joven, el gurú y el pájaro* (Cuaderno 162) y *Las minas del rey Leopoldo* (con Emmanuelle Devuyt) (Cuaderno 184). Es miembro del equipo de Cristianisme i Justícia.

Edita Cristianisme i Justícia. Roger de Llúria, 13, 08010 Barcelona
Tel. 93 317 23 38, e-mail: info@fespinal.com, www.cristianismeijusticia.net
Imprime: Ediciones Rondas S.L. Depósito Legal: B 17364-2021
ISBN: 978-84-9730-496-2, ISSN: 0214-6509, ISSN (virtual): 2014-6574
Impreso en papel y cartulina ecológicos. Noviembre 2021
Dibujo de la portada: Roger Torres. Edición: Santí Torres Rocaginé
Corrección del texto: Cristina Illamola. Maquetación: Pilar Rubio Tugás

Protección de datos: Los datos de los destinatarios de la presente comunicación provienen de los ficheros históricos de la Base de Datos General de Administración de la Fundació Lluís Espinal (Cristianisme i Justícia), y se incorporaron con el previo consentimiento de los interesados otorgado, o bien directamente o bien a partir de las relaciones jurídicas mantenidas con la fundación, tal y como se dispone en el artículo 6.2 de la LOPD y el artículo 21 de la LSSI. La finalidad de su conservación es mantener informados a nuestros suscriptores e interesados sobre sus servicios y las actividades que organiza y en las cuales participa. Su información no será cedida a nadie, pero sí que puede ser utilizada en plataformas externas a los sistemas de la fundación para facilitar el envío de los correos electrónicos. Puede completar esta información consultando el aviso legal publicado en la web <https://www.cristianismeijusticia.net/avis-legal>. Por lo que hace referencia a su información, en cualquier momento puede consultar, acceder, rectificar, cancelar, limitar su tratamiento, solicitar la portabilidad de los datos, prohibir las decisiones individuales automatizadas y oponerse, total o parcialmente, a que la Fundació Lluís Espinal conserve los datos, escribiendo al correo electrónico info@fespinal.com, o si lo prefiere, dirigiendo un escrito a la calle Roger de Llúria, n. 13, piso 1º, de Barcelona (08010).

1. INTRODUCCIÓN¹

En el mes de marzo de 2020, cuando empezaba en Barcelona la crisis del coronavirus, un conocido mío oyó en la calle a una persona que decía: «Si Dios existe, ¿por qué permite el coronavirus?». ¡*Touché!* Es como si estuviera diciendo: «Esto del coronavirus no se explica con el Dios que nos predicán los curas y la Iglesia».

Esta sería interpelación a los que creen en Dios se repite cada vez que una persona o una comunidad experimenta un sufrimiento importante, en el marco de las sociedades occidentales. En efecto, en estas sociedades, la mayoría de los ciudadanos ha asumido que todos los acontecimientos tienen explicaciones racionales: creen que el mundo está «desencantado» (M. Weber) y, por tanto, que acontecimientos explicables por la razón científica no deben explicarse a partir de intervenciones de ángeles, demonios o divinidades. Pero la pregunta sobre el sentido último del mal permanece. Y, si no han descartado del todo la creencia en Dios, entonces se

formulan preguntas sobre la coexistencia de Dios y el sufrimiento. Otro tipo de sociedades (no occidentales, más «encantadas» y menos racionales) no se lo plantean: su reacción ante un desventurado acontecimiento consiste en emprender alguna acción ritual para que Dios, algún dios o alguna fuerza divina retire o corrija la desgracia que les aflige.

Volviendo al marco de las sociedades occidentales, los filósofos y pensadores europeos de los siglos XVII-XVIII plantearon la respuesta a esta pregunta sobre Dios y el sufrimiento a partir del debate de la teodicea (etimológicamente «justificación de Dios»),

iniciado con la obra de Leibniz *Teodicea, ensayo sobre la bondad de Dios, la libertad del hombre y el origen del mal* (1710). A la discusión, se sumaron autores como Voltaire, Rousseau o Kant. El problema ya se había planteado en la filosofía griega y latina, y se puede formular según los términos del trilema de Lactancio (245-325 d. C.):

O bien Dios quiere suprimir el mal del mundo pero no puede. O puede, pero no quiere eliminarlo. O ni puede ni quiere. Si quiere y no puede, es impotente. Si puede y no quiere, no nos ama. Si no quiere ni puede, no es el Dios bueno, y, además, es impotente. Si puede y quiere —y esto es lo único que le conviene como Dios—, ¿de dónde procede entonces el mal real y por qué no lo elimina?²

No obstante, aquí no razonaremos desde la teodicea, porque creemos que esta línea de pensamiento utiliza sobre todo la razón teórica, cuando en la práctica los humanos contemporáneos de calle utilizamos también otros recursos a nuestro alcance... no siempre racionales ni coherentes entre ellos. Por ejemplo, nos encasillamos en la negación de la evidencia del sufrimiento; intentamos suprimir sus síntomas sin preguntarnos por las razones o las causas; procuramos mantener la cabeza fría; nos evadimos del problema, aunque sea por un rato; consultamos el horóscopo o el tarot; o, finalmente, alternamos el blasma con la imploración a Dios, a los médicos, a los políticos o a la Madre Naturaleza.

Todas estas acciones responden a un conjunto ancho y heterogéneo de recurso que los humanos llevamos

dentro y utilizamos: conjunto que se ha teorizado con el concepto de *creencia*. Entendemos por *creencia*, «la fe en o la adhesión a Dios o a alguna noción de realidad última» (Charles Taylor). Toda creencia se compone, según Lluís Duch, de tres polos que interactúan de manera compleja:

- a) una experiencia de contacto emocional con Dios (o alguna noción de realidad última);
- b) que se expresa lingüísticamente en *ideas*;
- c) y se expresa gestualmente en *ritos/acciones*.

En este esquema, la teodicea y su focalización en la razón teórica respondería solo a las ideas. En cambio, la riqueza de las creencias permite examinar mejor las acciones, especialmente en situaciones en las que el sufrimiento individual o colectivo hace tambalear el suelo bajo nuestros pies. Efectivamente, Ortega y Gasset compara las creencias con un tipo de sustrato, en buena parte inconsciente, a partir del cual nos acercamos a la realidad y nos adherimos a Dios o a otras nociones de la realidad última.

Pues bien, estas creencias se tornan visibles —expresándose en ideas o acciones— cuando un individuo o una comunidad se someten a acontecimientos que las hacen tambalear. La hipótesis de este cuaderno es que el coronavirus ha hecho que las creencias occidentales contemporáneas se tambaleen y se ha convertido en un espejo en el que estas creencias han quedado reflejadas.

Las creencias occidentales son muy diversas. Su origen reciente puede situarse en el siglo XVI, cuando (según

Charles Taylor) el cristianismo pierde su unidad y su monopolio como creencia a causa, principalmente, de los éxitos de la ciencia moderna, de la emergencia de éticas autónomas en relación con la hipótesis de Dios y de la extensión de los estados seculares al margen del control de la religión. A partir de entonces, tanto los pensadores como la gente de la calle empiezan a creer en la naturaleza y la humanidad como realidades últimas: al margen del Dios de la tradición cristiana o en contraposición a él. Finalmente, durante el último cuarto del siglo xx, se extiende el desencanto respecto a las promesas y los pretendidos éxitos de la modernidad: los posmodernos extienden un escepticismo que lleva a algunos a afirmar «No creo en nada» o bien «No tengo creencias».

Es este abanico de creencias lo que, desde enero de 2020 en occidente, queda reflejado en el espejo del coronavirus. Para describir y analizar este reflejo, partiremos de cuatro familias de creencias, que se expresan lingüísticamente en las siguientes formulacio-

nes: «Creo en la naturaleza», «Creo en la humanidad», «Creo en Dios» y «No tengo creencias». Intentaremos adivinar qué formas concretas se han manifestado en el interior de estas cuatro familias en ocasión de un acontecimiento que ha sacudido la salud, la economía y la vida diaria de los ciudadanos occidentales... y de todo el mundo.

El plan de este cuaderno continua con el apartado 2, donde examinamos más detalladamente la idea de *creencia* y cómo se ha gestado el mapa de las cuatro familias de creencias en las sociedades occidentales contemporáneas: Dios, la humanidad, la naturaleza y la no creencia. En el apartado 3, presentamos la pandemia del coronavirus, definiéndola como un acontecimiento contingente. En los apartados 4, 5, 6 y 7 presentamos la interacción de este acontecimiento con cada una de las familias de creencia. Finalmente, en el apartado 8 sacamos algunas conclusiones: tanto sobre la naturaleza, la humanidad y Dios como sobre la estructura de diversas formas de creencia.

2. LA GÉNESIS DE LAS CREENCIAS EN OCCIDENTE

Tal y como avanzábamos en la introducción, entendemos por *creencia* «la fe en, o la adhesión a Dios o a alguna noción de realidad última».³

2.1. Las creencias

Cualquier creencia se compone de tres polos⁴ que interactúan de forma compleja:

- a) una *experiencia* de contacto emocional con Dios o una realidad última,
- b) que se expresa lingüísticamente en *ideas*, y
- c) se expresa gestualmente en *ritos/acciones*.

La conciencia del individuo respecto de sus creencias y sus respectivos tres polos es variable. Efectivamente, Ortega y Gasset afirma que las ideas son ocurrencias que se hacen conscien-

tes en nuestra mente, mientras que las creencias tienen componentes inconscientes: nos apoyamos en ellas sin ser del todo conscientes de ellas.⁵ Además, las creencias son construcciones sociales transmitidas por las sociedades en las que hemos vivido.⁶ Este carácter de sustrato hace que el conjunto de creencias de un individuo constituya el punto de partida de su aproximación a la realidad ya de su adhesión a Dios o a la realidad última.

Las creencias se hacen visibles cuando un individuo o una comunidad se someten a acontecimientos que las hacen tambalear. Dice Ortega:

El hombre, en el fondo, es crédulo o, lo que es igual, el estrato más profundo

de nuestra vida, el que sostiene y porta todos los demás, está formado por creencias. Éstas son, pues, la tierra firme sobre que nos afanamos. [...] Pero en esa área básica de nuestras creencias se abren, aquí o allá, como escotillones, enormes agujeros de duda. Éste es el momento de decir que la duda, la verdadera, la que no es simplemente metódica ni intelectual, es una forma de la creencia y pertenece al mismo estrato que ésta en la arquitectura de la vida. También en la duda se está. Sólo que en este caso el estar tiene un carácter terrible. [...] Es, pues, la negación de la estabilidad. De pronto sentimos que bajo nuestras plantas falla la firmeza terrestre y nos parece caer, caer en el vacío, sin poder valerlos, sin poder hacer nada para afirmarlos, para vivir.⁷

La hipótesis de este cuaderno es que el coronavirus ha hecho que las creencias occidentales contemporáneas se tambalearan y se manifestaran. De hecho, Albert Camus ya advertía en el año 1947 de la potencia profundamente perturbadora de las epidemias:

¡Ah, si fuera un temblor de tierra! Una buena sacudida y no se habla más del caso... Se cuentan los muertos y los vivos y asunto concluido. ¡Mientras que esta porquería de peste! Hasta los que no la tienen parecen llevarla en el corazón.⁸

2.2. La tradición cristiana como creencia occidental

En la génesis de las creencias occidentales, la tradición cristiana es fundacio-

nal. Con el trasfondo del coronavirus, describimos el cristianismo a partir de las ideas de *soteriología metacósmica* y *creación*.

Soteriología metacósmica. El teólogo Aloysius Pieris distingue históricamente dos grandes familias de creencias: las religiones cósmicas y las soteriologías metacósmicas. Las religiones cósmicas son aquellas en las que los creyentes divinizan las fuerzas naturales y los ancestros tribales, considerándolos así «Nociones de realidad última» (C. Taylor). Con todo, en estas configuraciones no se distinguen ni Dios, ni la naturaleza, ni la humanidad.

En los tiempos antiguos, la gente se relacionaba primariamente con las fuerzas de la naturaleza, como el sol, la lluvia, la luna, el viento, el fuego. Dependían de estas fuerzas para su vida y actividades como la caza o la agricultura. Fueron de algún modo «divinizadas» y personalizadas. Se añadieron más tarde los ancestros. Se relacionaban con ellos por medio de rituales. Les hacían ofrendas y, a cambio, esperaban favores. Eran recompensados propiciatoriamente cuando notaban que los habían ofendido. Había especialistas que gestionaban estos rituales.⁹

En cambio, las soteriologías metacósmicas consideran un Ser Absoluto que está más allá de las fuerzas naturales y que es el origen de todos los humanos (de todas las tribus y sus ancestros).

Los historiadores de la religión hablan de una era axial en torno al siglo v a. C., cuando por todo el planeta surgieron pensadores religiosos más allá de la

esfera cósmica hacia un nivel meta-cósmico para alcanzar el Ser Absoluto. Los chinos hablan del Dao —el Camino. Los indios evocan el Atman-Brahman —el Ser Absoluto—, y reflexionan sobre Él en los Upanishads. Buda habla del estado del Nirvana, sobre el cual prefiere quedarse en silencio. Los profetas postexílicos como Isaías y Jeremías proyectan Yavé como el único Dios supremo de todos los pueblos, ignorando todos los otros dioses. Hemos llegado a un nivel metacósmico.¹⁰

Esta segunda familia de creencias busca más la salvación del creyente (*soteriología* es «palabra de salvación») que la explicación del mundo/cosmos: es *metacósmica*. Además, aquí los creyentes intuyen que la *experiencia* de contacto emocional con la divinidad es *inefable*: ningún lenguaje puede expresarla adecuadamente. Por ejemplo, en uno de los Upanishads (escritos de los siglos VII-V a. C., cuando la tradición hindú giraba hacia una soteriología metacósmica) hay una referencia a la divinidad como Espíritu que refleja la inefabilidad y la trascendencia (el «meta», el estar «más allá»):

El Espíritu es no eso, es no eso. Es incomprendible, no puede ser entendido. Es inmortal, no puede morir. No tiene vínculos de adhesión, es libre; es libre de todos los vínculos, está más allá del sufrimiento y del miedo. Un hombre que conoce esto no es llevado a la aflicción o a la felicidad según el mal o el bien que ha hecho; va más allá de ambos. Aquello que está hecho, o no está hecho, no aflige. Quien conoce esto y ha hallado la paz es el señor de sí mismo, soporta pacientemente y logra

una concentración calmada. Percibe al Espíritu en él mismo y ve al Espíritu en todo. (Brihadaranyaka Upanishad)

El cristianismo puede considerarse una soteriología metacósmica en tanto que la finalidad de la creencia no es tanto entender el cosmos como relacionarse con Dios: decía un teólogo cristiano que «La intención del Espíritu Santo [al inspirar la Biblia] es enseñarnos cómo *se va al cielo* y no cómo *van los cielos*».¹¹ Igualmente, la tradición (judeo)cristiana considera la experiencia de Dios como inefable: «*Si comprehendis, non est Deus*», decía San Agustín. Esta relativa separación entre Dios, la naturaleza y la humanidad se concreta en la idea de creación y permite la emergencia de la ciencia moderna como forma de explicación del cosmos.

La idea de creación en la tradición judía se interpreta como un acto por el cual Dios autolimita su poder y permite la emergencia de un ámbito (la creación como naturaleza y humanidad) en la que los humanos son imagen y semejanza de Dios (Gn 1,26) y tienen a su disposición al resto de la creación (Gn 1,28). La tradición cristiana pone en valor la condición humana por el hecho de que Dios se ha hecho ser humano en Jesucristo, Dios Hijo (Jn 1,1-17), y, a la vez, integra el cosmos en la relación creadora y salvadora de Dios *por* Jesucristo: «Todo fue hecho por medio de ella [la Palabra]» y «Dios ha creado en él todas las cosas» (Col 1,16). Pero esta consistencia, sentido y plenitud de la realidad creada no permanece cerrada en un panteísmo, sino que se comprende «en, por y para Cristo».¹² Este «en, por y para Cristo»

que procede del Padre y se encamina hacia Él significa que la creación no vive ya en plenitud, sino que camina hacia esta plenitud. Una plenitud que es la recapitulación de toda la creación en Cristo (Ef 1,10), y hacia la cual la humanidad y el cosmos son empujados por el Espíritu Santo. El mal y el sufrimiento —como los causados por el coronavirus— evidencian justamente que la creación aún está en camino:

[...] La creación se justifica a ella misma y justifica a su creador en la nueva creación; el *éschaton* será la «teodicea», la justificación de Dios, y la «cosmodicea», la justificación del mundo y de la historia, con la redención insuperable de sus negatividades.¹³

2.3. Las creencias occidentales contemporáneas

Las cuatro familias de creencias occidentales contemporáneas se originan en los siglos XVI y XVII con el racionalismo moderno y la Ilustración. A partir de la Ilustración, se formula en primer lugar una creencia en Dios sin religión (deísmo) y, después, un humanismo al margen de Dios.¹⁴ Y he aquí que hoy ciertos ciudadanos occidentales contemporáneos pueden decir: «Creo en la humanidad», con el implícito de que tal vez no creen en Dios.

Por otro lado, la comprensión cristiana de la historia humana empujada por el Espíritu entra en confrontación en los siglos XIX y XX con las teorías de la evolución biológica (C. Darwin) y cósmica (A. Einstein): teorías que encajan entre ellas y «nos imponen hoy en una evolución cósmica de 14 000

millones de años y una evolución terrestre de la vida de 4 000 millones de años».¹⁵ Esta confrontación ha dado pie a tres actitudes: el cientismo ateo, que solo admite la autoridad de la ciencia, el creacionismo fundamentalista, que rechaza cualquier autoridad en la ciencia y una tercera vía que propugna el diálogo, basada en la idea de «creación evolutiva». Las dos primeras actitudes han definido las mutuas exclusiones entre quienes afirman «Creo en la ciencia, pero no en Dios» y quienes afirman «Creo en Dios, pero no en la ciencia». La tercera actitud rescata una parte de la tradición cristiana según la cual la creación es una *creación continua*, extendida a lo largo de miles de millones de años, y, además, remarca la autonomía de la creación respecto de Dios: «Dios hace que las cosas se vayan haciendo ellas mismas».¹⁶

El humanismo ilustrado desarrolló una antropología que entiende a la persona como ser racional que reprime sus sentimientos¹⁷ y se proyecta en *el homo economicus*, animado por la creencia en el progreso de la humanidad. No obstante, este progreso no ha respetado plenamente la fraternidad humana ni a la naturaleza. En este sentido, el romanticismo del siglo XIX levanta una doble reivindicación: primero, del sentimiento ante la razón y, segundo, de la naturaleza como algo que ha de ser respetado o venerado, más allá de la acción de transformarla al servicio del progreso. Enlazando con esta veneración de la naturaleza, es cuando ciertos ciudadanos occidentales contemporáneos pueden decir «Creo en la naturaleza», con el implícito de que tal vez no creen ni en la humanidad ni en Dios. De hecho, hoy podemos identifi-

car formas de ecologismo o naturismo que se viven desde la fe o la adhesión a la naturaleza como realidad última.

Finalmente, en el último cuarto del siglo XX aparece una nueva familia de creencias: la posmodernidad. Los posmodernos reaccionan a la violencia generada tanto por las religiones como por los humanistas ilustrados liberales y socialistas. En este sentido, el posmoderno Umberto Eco pone en labios del protagonista de *El nombre de la rosa* un aviso programático del relativismo posmoderno:

Huye, Adso, de los profetas y de los que están dispuestos a morir por la ver-

dad, porque suelen provocar también la muerte de muchos otros, a menudo antes que la propia.

El relativismo respecto de la religión y los humanismos modernos ha conducido a ciertos ciudadanos occidentales contemporáneos a afirmar: «No tengo creencias».

Pero antes de examinar las diversas creencias, presentamos la pandemia de la COVID-19 como un fenómeno en el que se reflejan estas creencias. Efectivamente, se trata de un acontecimiento contingente: fruto del azar que ha hecho que series causales muy diversas converjan.

3. EL CORONAVIRUS COMO SINDEMIA

¿Cuál es la naturaleza del coronavirus o de la pandemia de la COVID-19 que ha hecho de espejo —inflexible y nítido— de las creencias occidentales contemporáneas?

Sea donde fuese que se originase, la COVID-19 constituye una zoonosis: la mutación de un virus que afecta a un animal y que pasa a afectar a otro animal. La afectación a los humanos a partir de los animales (probablemente los murciélagos) se hizo activa muy probablemente por la acción humana. De hecho, el Programa de las Naciones Unidas por el Medioambiente (UNEP) señala principalmente las siguientes acciones humanas como orígenes de diversas zoonosis: la deforestación y otros cambios de uso del suelo, el comercio ilegal y deficientemente regulado de la vida salvaje, la agricultura y la producción ganadera intensificada, la resistencia antimicrobiana o el

cambio climático. Por eso, algunos científicos consideran que la lucha contra la COVID-19 no puede limitarse a restaurar la salud de los humanos, sino que debe extenderse a restaurar el equilibrio ecológico.

Más allá del origen, la propagación de la pandemia es, a la vez, un fenómeno biológico y social. En primer lugar, el contagio se debe a la movilidad internacional de proporciones cada vez mayores de las poblaciones de distintos países. En segundo lugar, se ha extendido a una velocidad mayor porque ciertos gobiernos, cediendo a las presiones de determinados poderes económicos, han tomado medidas de confinamiento poco drásticas. En ter-

cer lugar, los hábitos de relación social en ciertas áreas han hecho que se expanda más. Y, finalmente, los sistemas públicos y privados de salud en una zona o en otra han resultado en más o menos muertos. En cualquier caso, la proporción más alta ha correspondido a los grupos sociales más vulnerables: por ejemplo, los afroamericanos en los EE. UU.

Se trata, por tanto, de una *sindemia*, en el sentido de que en ella convergen diversas causas: naturales y sociales. En este sentido, puede explicarse filosóficamente a partir de las ideas de «azar» o de «acontecimiento contingente». En cuanto al primer término, afirma J. Ferrater Mora:

La distinción entre azar y suerte corresponde *grosso modo* a la distinción entre lo que sucede «accidentalmente» en los fenómenos naturales y lo que sucede «accidentalmente» en los asuntos humanos. Que sea accidental excluye que sea necesario. Pero no implica que sea absurdo o inexplicable. Común al azar y a la suerte es el hecho de designar acontecimientos (excepcionales) que tienen lugar cuando se entrecruzan series causales independientes. Cuando una ardilla se come una mazorca, se han cruzado dos series causales: la serie «vida y movimiento de la ardilla» y la serie «crecimiento de la mazorca», produciéndose el acontecimiento excepcional e inesperado (pero no inexplicable) llamado *azar*.¹⁸

Por lo que respecta al término *acontecimiento contingente*, el teólogo Walter Kasper afirma lo siguiente sobre el coronavirus:

Incluso cuando al principio pudieron haberse cometido errores humanos, [la pandemia por la COVID-19] no es una crisis producida por el hombre, sino una catástrofe natural de dimensiones mundiales. Ha sido lo que filosóficamente se llama acontecimiento contingente, esto es, un acontecimiento no necesario en virtud de una ley natural, pero posible. Ha sucedido algo que no es necesario, pero evidentemente sí posible; algo que nos sucede, que nos pasa y nos afecta (*contingere*).¹⁹

El sol sale cada día y no nos sorprende: es un acontecimiento *necesario*. Pero no cada mañana se declara una pandemia como la COVID-19. Aquí ha entrado en juego el azar, que implica un cruce de series causales independientes que acaban tocándonos: es un acontecimiento *contingente* (*contingere* = tocar). Esta complejidad de series causales convergiendo, unida a la fuerza con la que nos ha tocado, nos lleva a formular ideas y a emprender actuaciones, basadas en nuestras varias creencias. El coronavirus se convierte así en espejo de nuestras creencias.

¿Qué imágenes ha reflejado este espejo en relación con las diversas familias de creencia en occidente? Es lo que vamos a examinar a partir de ahora.

4. CREER EN LA NATURALEZA

Desde un punto de vista racional, ya la vida biológica y la vida humana como fenómenos de la naturaleza son *acontecimientos contingentes*: el resultado del cruce de múltiples series causales independientes.

En efecto, si algunas constantes físicas de la naturaleza (como la constante de la gravitación, la velocidad de la luz, la carga y la masa de electrón, la intensidad de las interacciones nucleares, la constante de Planck...) hubieran tenido «un valor un poco diferente, la abundancia de estos núcleos [átomos de carbono, de oxígeno, de nitrógeno y de otros esenciales para la vida] sería mucho más pequeña».²⁰ Por otro lado, la probabilidad de tener en nuestro universo un planeta adecuado para tener agua líquida y mantener una atmósfera que sea, a la vez, suficientemente estable y no caliente a sus habitantes resulta en el hecho de que la probabilidad de tener un planeta como la Tierra es

bastante inferior a 2/100 000. En conclusión: la Tierra, pese a todo, es un planeta «bastante excepcional».²¹

Por lo que respecta al surgimiento de una vida humana singular, resulta que la probabilidad de que en nuestro engendramiento hayamos salido concretamente cada uno de nosotros es 1/1 000 000: hay un óvulo y 1 000 000 de espermatozoides en el acto del engendramiento. Pero si se cuenta la probabilidad de mi vida condicionada a la de mis padres, ya sube a 1/10: altamente *contingente*.²²

La maravilla que experimentamos al constatar a la vez la bondad y la contingencia de la vida física, biológica y humana ha llevado a algunos a afirmar

entusiásticamente: «Creo en la naturaleza».

Con todo, el coronavirus interroga a estos creyentes en el sentido de que refleja una cara menos amable de la naturaleza: la *heterotrofia*. La heterotrofia es una característica necesaria de la naturaleza que consiste en el hecho de que muchos organismos necesitan alimentarse de otros organismos, a menudo causándoles la muerte.

Un organismo heterótrofo es aquel que no puede producir su propio alimento, y, en cambio, debe tomar alimento de otras fuentes de carbono orgánico, principalmente materia animal o vegetal [...]. En otras palabras, el nuestro es un planeta donde las criaturas viven las unas de las otras, un proceso que a menudo aparece como cruel y bárbaro para el ojo humano, que obvia el hecho de que vivimos en una creación paradójica, de la cual este es un rasgo central.²³

Si incorporamos la heterotrofia a la creencia en la naturaleza, aparecen tres variantes de esta creencia: quienes fantasean con la naturaleza, olvidándose de esta característica fundamental; quienes aceptan esta heterotrofia como una ley necesaria, extendiéndola a las relaciones humanas; y quienes le atribuyen una voluntad o un alma.

Hay en primer lugar quienes creen en una fantasía de la naturaleza, que sería totalmente buena en contraste con aquellos que creen en una humanidad también plenamente buena. En este caso, la heterotrofia desautoriza «todas las fantasías rousseauianas que querrían hacer creer que la naturaleza es pacífica y que la violencia la ha

introducido la humanidad».²⁴ Ciertamente, la heterotrofia dificulta creer en un Dios creador bueno, pero también dificulta (convirtiéndola, por tanto, en fantasía) la creencia en una naturaleza que sería totalmente buena. Charles Darwin ya dudaba de esta fantasía:

Darwin escribía a su amigo Gray: «No puedo llegar a convencerme de que un Dios benéfico y omnipotente hubiese creado expresamente los icneumónidos con la intención explícita de que comieran dentro del cuerpo de orugas vivas». [Los icneumónidos ponen los huevos dentro de las orugas vivas y las larvas, tras nacer, van comiéndose la oruga en vivo]. El gran naturalista expresaba así su repugnancia ante este fenómeno de la depredación. Es como si hubiera formas de depredación que sobrepasaran las necesidades de vivir para acercarse al sadismo.²⁵

En segundo lugar, hay quienes aceptan esta heterotrofia, pero la aplican sin distinción a la naturaleza y a la humanidad. Por ejemplo, ciertos autores han interpretado el coronavirus como una reacción de la tierra debido al hecho de que hay demasiados humanos en el planeta y que, por tanto, es necesario eliminar a los menos aptos para sobrevivir a la pandemia:

Tras la afirmación de que el ser humano es una plaga para el planeta, reside la idea de que la solución a la crisis ecológica es eliminar parte de la población. En este marco de pensamiento, aquello que se identifica como una causa de la crisis es el exceso de seres humanos y, por eso, la muerte de una buena cantidad de ellos sería la única posibilidad

de restaurar el equilibrio ecológico. La pregunta entonces es: ¿quién morirá? [...] En una sociedad capitalista parece bastante plausible que se esgriman criterios de productividad y meritocracia, que en realidad solo encubrirían una tremenda violencia de clase contra los de más abajo. Los descartados probablemente serían expulsados del sistema, como las personas sin techo, los inmigrantes ilegales o los habitantes de poblados de chabolas y barrios de infraviendas.²⁶

Este darwinismo social incurre en la falacia naturalista, que pretende hacer pasar por *natural* (entendiendo lo que es natural como *necesario*) un conjunto de leyes que regulan las relaciones humanas, pero que son *contingentes* y pueden modificarse con cambios de conducta de los humanos.

Finalmente, unos terceros atribuyen una voluntad o un alma a la naturaleza, tal y como han hecho las creencias que más arriba hemos denominado *religiones cósmicas*. Así, en la crisis del coronavirus, hemos observado que diferentes autores califican el virus como patógeno «astuto» que, sin embargo, «enfrenta un dilema»: «Cuanto más rápido mata, más difícil

lo tiene para ampliar el alcance de la expansión...».²⁷ Algunos en esta línea expresan la esperanza que la naturaleza (bautizada con distintos nombres, uno de ellos, Gaia) sobrevivirá más allá de la extinción de los humanos en la Tierra.

Gaia es una perra cabezona —un sistema que ha funcionado más de tres mil millones de años sin gente. La superficie de este planeta y su atmósfera continuarán evolucionando hasta mucho después de que la gente y los prejuicios hayan terminado. (Lynn Margulis, microbióloga)²⁸

No estamos destruyendo la naturaleza, solo cocreando una nueva en la que no habrá lugar para nosotros. ¿Esta pandemia no es un ejemplo de una nueva y siniestra naturaleza? No deberíamos preocuparnos demasiado por la supervivencia de la naturaleza: sobrevivirá, solo que cambiada más allá de nuestro reconocimiento. (Slavo Zizek)²⁹

Nuestra tierra sobrevivirá —lo ha hecho a lo largo de diversas crisis importantes en los pasados 3-4 mil millones de años [...]. La Creación tendrá un futuro evolutivo con o sin nosotros.³⁰

5. CREER EN LA HUMANIDAD

Presentaremos aquí cómo la pandemia ha hecho de espejo de las creencias de quienes hoy en occidente afirman creer en la humanidad.

5.1. Creer prácticamente en las personas

Durante la crisis de la COVID-19, ha habido muchas personas que han sido *creyentes prácticos en la humanidad*, en tanto que han emprendido acciones o rituales a favor de las personas, especialmente de las víctimas de la pandemia. Tal vez sin formular en ideas sus creencias, han actuado jugando-se la vida y la salud en primer lugar para atender a los enfermos en los hospitales: en sus necesidades físicas, mentales o espirituales. Eran personal médico, de limpieza, sacerdotes que han acompañado a los moribundos o personal de administración que ha conectado a estos moribundos con sus familiares. Más allá de los hospitales: personal de servicios esenciales en

el confinamiento, maestros que han logrado normalizar la vida de los niños y las niñas en los colegios después del confinamiento, empresas que han modificado su actividad para producir material de protección para los sanitarios, voluntarios que han atendido las necesidades de los sinteco, políticos que se han agotado gestionando una situación para la que no teníamos puntos de referencia...

Pero también ha habido *no creyentes prácticos en las personas*: sectores económicos y partidos políticos que han querido mantener la actividad económica sabiendo que se generarían más muertos (entre los pobres) que con un confinamiento prudente, estafadores de vacunas, empresas (farmacéuticas u otras) que han abusado de su posición para enriquecerse y ciudada-

nos que han salido del confinamiento de forma irresponsable, saltándose las normas y contribuyendo a extender las consecutivas olas del virus.

La creencia práctica en las personas deja un balance ambiguo. Ya Albert Camus, al final de *La peste* afirma que «[...] Aprendemos, en medio de las plagas: hay en los hombres más cosas dignas de admiración que de desprecio».³¹

En cualquier caso, ha emergido *la esperanza*: tal vez poco definida desde el punto de vista de las *ideas*, pero vivida como *experiencia* y *practicada* como servicio. El lema que tomó cuerpo durante la primera ola fue «Todo va a salir bien». Se extendió en Italia, con canciones y carteles colgados por los balcones; ha resonado en canciones en diversas lenguas y llegó hasta las camas del hospital de Barcelona, donde una enfermera lo usaba para acompañar a los moribundos:

Aunque la sala estaba colapsada, porque El Clínic es un bullicio constante, Laia lo aparca todo y se sienta a su lado, le coge la mano con fuerza y cierra los ojos. Ya no está solo. La respiración se acompasa. Las arrugas del rostro desaparecen mientras la enfermera le acaricia las manos con suavidad. «Todo va a salir bien», miente ella. Él también sabe que no es verdad, pero se aferra a esa mano que lo conecta con el mundo. Es su despedida.³²

5.2. Creer en la nación

«Todo va a salir bien». En verdad, no para las vidas biológicas individuales de quienes han muerto. Por eso han aparecido creencias colectivas, espe-

cialmente vinculadas con la nación o el país.

Las pandemias tienen un poder singular: lograr que la muerte se viva de forma colectiva, no individual. Morimos uno a uno, pero cuando la enfermedad toma la dimensión de epidemia parece como si fuéramos a morir todos a la vez... La comunidad se siente amenazada en su totalidad. Y esto comporta una carga emocional muy fuerte.³³

Estas creencias colectivas se han introducido implícitamente con el relato de la lucha contra la COVID-19 como si fuera una guerra. Ha quedado como excepción el discurso del presidente alemán descalificando el relato militar y diciendo que se trata de una crisis humanitaria. Dentro de la norma, podemos contar a EE.UU. y España, donde los militares han aparecido en las ruedas de prensa porque legitimaban no solo la coacción, sino también el momento escatológico de la victoria, pese al fracaso que significa cada muerto. Un engaño que denuncia Vicens Villatoro:

Y, precisamente dentro de este ejemplo, me desespera el uso de la metáfora de la guerra porque no se hace de buena fe. No solo se hace para movilizar el ardor patriótico. No solo para legitimar un estado de excepción cargado de uniformes y de medallas. No solo para recordar que el estado tiene el monopolio de la capacidad legal de coacción. También porque se nos está preparando para cantar victoria cuando lo peor de la crisis haya pasado, como si los muertos que ha habido fueran el peaje inevitable para llegar a este

buen final. ¿Victoria pese al número de muertos? No, derrota por el número de muertos.³⁴

Un engaño que comenta con amarga ironía Salvador Cardús:

Y siempre nos quedará el consuelo proclamado con emoción por la ministra de Defensa en la clausura del depósito de cadáveres de Madrid: «No se han ido solos: el ejército estaba con ellos».³⁵

Esta creencia en la nación (que es solo *una parte* de la humanidad) se ha traducido en prácticas que han puesto en duda la solidaridad internacional: ya sea en la adquisición de material médico o de vacunas, o en la lucha contra las consecuencias económicas de la pandemia. El lema *America First* de D. Trump ha tenido en la práctica muchos más seguidores de los que lo proclamaban. Desafortunadamente, en gran parte se ha constatado que «la crisis que vive la humanidad es que no llega a constituirse como humanidad» (Edgar Morin).

5.3. Creer en la ciencia

Una variante de la creencia en la humanidad ha tomado la forma de «creer en la ciencia». Se trata no tanto de creer que la ciencia es una forma de conocimiento que ayuda a solucionar problemas, sino de confiar en que la ciencia resolverá todos los problemas humanos y nos concederá —ni que sea con el tiempo— la superación de la enfermedad y la muerte. Gianni Vattimo reflexionó esta creencia en un breve cuento:

Los mejores científicos del mundo se reúnen para diseñar el ordenador más potente que jamás se ha conocido. Logran terminarlo después de años de dedicación y una ingente inversión. Para probarlo, reúnen a los líderes más poderosos de la Tierra. El más anciano tiene el honor de formularle la primera pregunta: «¿Dios existe?» La pantalla parpadea y la poderosa voz de la máquina retumba en la sala: «Ahora sí».

Con la aparición de la COVID-19, la creencia en la ciencia ha recibido críticas: la impotencia de los médicos por tratar adecuadamente la enfermedad nos ha hecho sentir que la ciencia no superará nunca la muerte. Asimismo, la confianza ciega en la ciencia ha justificado un deterioro ecológico que ha facilitado la emergencia de esta pandemia como zoonosis:

Una cosa es segura: la crisis [de la COVID-19] debe curarnos de una vez por todas de la confianza ingenua en el progreso humano. Durante mucho tiempo nos hemos limitado a asumir que los daños colaterales del crecimiento económico sostenido serían compensados o minimizados por los frutos de este mismo crecimiento. Pese a las evidencias y a las advertencias de los científicos, nos autoconvencimos de tener a la naturaleza controlada.³⁶

Pero, con el paso del tiempo, los esfuerzos médicos y científicos han ido dando fruto: se han encontrado tratamientos eficaces para los enfermos y se han descubierto vacunas con altos grados de eficacia. En este sentido, la comparación de esta pandemia con las anteriores puede hacer recuperar la

creencia en la ciencia como realidad última. En plena tercera ola, escribía entusiásticamente Josep Ramoneda, filósofo:

En un momento de máxima incertidumbre, cuando en sociedades como las nuestras la capacidad de consuelo del discurso religioso ha perdido mucha fuerza, la ciencia ha sido, desde el primer momento, la gran esperanza. Hoy, la forma de verdad más legitimada es la científica y, de su conexión con la práctica y la tecnología médica, se espera todo. Solo ella podrá redimirnos. Pero la pandemia se hace larga, el horizonte distópico ahoga los espíritus y nace la desconfianza. [...] Y, sin duda, la ciencia ha ganado la partida y saldrá indudablemente reforzada de este episodio, sobre todo cuando tengamos la perspectiva para entender que gracias a ella esta pandemia habrá sido, pese a todo, una de las más leves de la historia humana. Algo que ahora, dicho así, parece casi una blasfemia.³⁷

Esta posición revela dos características del «Creo en la ciencia». En primer lugar, el hecho de que la ciencia actúa como creencia sustitutiva de la religión y fuente de esperanza (cuando «la capacidad de consuelo del discurso religioso ha perdido mucha fuerza, la ciencia ha sido... la gran esperanza»). En segundo lugar, la afirmación de que «La ciencia ha ganado la partida» es digna de nuestra fe, adhesión y esperanza. La ciencia ha pasado de ser una fuente de conocimiento cierto y útil a ser una realidad última a la cual es necesario obedecer sin contestación ni interpretación.³⁸ Y, ciertamente, hablar de «ganar la partida» significa olvidar que las víctimas mortales quedarán excluidas de la «perspectiva para entender» esta victoria. Notemos, por tanto, que creer en la ciencia incluye marginar de su influencia benefactora una parte importante de la humanidad. Y, en este sentido, el Ramoneda creyente en la ciencia reconoce que hablar de victoria tiene algo de *blasfemia*...

6. CREER EN DIOS

El coronavirus ha hecho emerger diversas variantes del «Creo en Dios» en el occidente marcado por la tradición judeocristiana.

En primer lugar, ciertos cristianos han explicado el coronavirus como un castigo divino: Dios se venga de quienes transgreden las normas de la moral tradicional. Los argumentos han cubierto diversos campos de la moral y de la agenda pública:

También teorizan sobre el origen de la COVID-19, con una amalgama que incluye desde una venganza divina hasta la acción del diablo, pasando por las consecuencias catastróficas del poscristianismo de una Europa dominada por el islamismo y la homosexualidad, o una conspiración china contra el capitalismo.³⁹

Estos creyentes responderían a la afirmación «Creo en un Dios protector exclusivo de sus fieles y punitivo de los infieles».

En segundo lugar, estas explicaciones han reforzado en algunos la creen-

cia de que la conducta religiosa resultaba inmunizadora ante la pandemia. Esto ha llevado a judíos y cristianos fundamentalistas a ignorar las medidas de salud pública anticontagio. Y, así, se han mantenido celebraciones religiosas sin límites de aforo y sin precauciones, con las consecuencias de contagios y muertes. Estos creyentes responderían a «Creo en un Dios que me permite ignorar la ciencia».

En tercer lugar, las creencias fundamentalistas han entrado en una secreta alianza con los intereses económicos de quienes presionaban contra el confinamiento, reforzando conductas contrarias a las recomendaciones médicas:

Se ha abierto la veda para miles de pastores charlatanes que se han lanzado a grabar videos para unos feligreses mayoritariamente pobres y sin formación, donde juran que la única forma de

protegerse y curarse «de esta plaga» es «tener fe y creer en Dios». ⁴⁰

En esta variante de la creencia en Dios, los poderes del capitalismo utilizan la religión como opio del pueblo para justificar políticas públicas favorables a los más ricos. La creencia aquí sería una invitación de los ricos hacia los pobres: «Creed en Dios como farmacéutico impostor, pues así nosotros podremos seguir ganando dinero, aunque muráis».

Finalmente, muchos creyentes y la mayoría de las autoridades de la Iglesia se han esforzado por descartar la imagen de un Dios que castiga; y han invitado a la población a obedecer las órdenes de las administraciones y de los médicos, a acompañar a enfermos y a atender a los pobres:

El papa cerró el Vaticano para evitar que fuese un foco de contagio entre peregrinos, se confinó e invitó a millones de fieles a hacer lo mismo y a obedecer los consejos sanitarios. ⁴¹

Estos son quienes, al afirmar «Creo en Dios», se refieren a un Dios misericordioso y no punitivo, que ante el sufrimiento no se distrae hablando, sino que calla y trabaja. Como afirma el teólogo alemán G. Augustin: «En tiempos de crisis tal vez es mejor que hablemos menos *de* Dios con la gente y más *con* Dios de la crisis». ⁴²

Estos creyentes consideran que afirmar «Creo en Dios» no es suficiente: es necesario preguntarse teórica y prácticamente (recordemos: creencia=ideas + experiencia + prácticas) en qué Dios creemos. Si no lo sabemos, lo reducimos a un ídolo:

De hecho, si algo hemos aprendido en estos últimos tiempos, incluso de la crisis del coronavirus, es que más importante que el problema del *ateísmo* es el problema de la *idolatría*... No basta creer en Dios o afirmar, genéricamente, que «Dios existe» («Alguna cosa hay»... «No hay reloj sin relojero»...). Es importante también hacerse consciente de *en qué Dios creemos*. Porque, tal vez, diciendo uno que cree en Dios lo que hace es adorar a un ídolo: obra de nuestras manos, con ojos que no ven, oídos que no escuchan y corazón que no siente. Y que, además, exige de nosotros víctimas y sacrificios —a veces mortales. ⁴³

Preguntarse en qué Dios creemos ayuda a desenmascarar a los ídolos y a ir descubriendo un «Dios por encima de Dios» (maestro Eckhart) o un «Dios por encima del Dios del teísmo» (P. Tillich). ⁴⁴ Es una creencia más similar a lo que hemos descrito en el apartado 2 como *soteriologías meta-cósmicas*, que son compatibles con explicaciones racionales y científicas de la naturaleza y generan coaliciones entre fe y ciencia para la promoción integral de todo ser humano.

La COVID-19 nos vuelve a poner sobre la mesa una disputa interesada entre los avances científicos y la religión, entre razón y fe. [...] Nadie discute que los esfuerzos deben centrarse en la ciencia y en la tecnología para vencer la tiranía de la COVID-19. A estos esfuerzos habría que sumarles la religión, que constituye la mejor forma de evitar la abolición de lo que es humano, que tan peligrosamente está penetrando en la sociedad. ⁴⁵

7. NO TENER CREENCIAS

Si partimos de nuestra definición de *creencia*, resulta que afirmar «No tengo creencias» no tiene sentido. En efecto, cualquier persona tiene experiencias afectivas profundas que se expresan lingüísticamente en ideas y gestualmente en ritos o acciones. Pero el contexto de la posmodernidad (escéptica con las creencias cristianas y modernas) en las que se ha desarrollado esta creencia sitúa a estos «no creyentes» entre los que en realidad reniegan de cualquier creencia que genere exclusión o violencia. Con todo, el escepticismo posmoderno puede virar en dos direcciones: hacia la creencia en el dinero (capitalismo desbocado) y hacia la posverdad.

Ciertamente, con la caída del muro de Berlín, el capitalismo global (que entroniza el dinero como nuevo dios) ha tenido manos libres para ir imponiéndose. En el caso de la COVID-19, los poderes económicos han utilizado la religión para seguir avanzando: lo hemos constatado más arriba al explicar el «Creer en Dios» predicado a los pobres, convirtiendo así la religión en opio del pueblo.

Pero el escepticismo posmoderno también ha derivado hacia la posverdad, que se relaciona fuertemente con la política:

La posverdad... no es exactamente una mentira, sino una dimensión en la que los hechos probados pesan menos en la creación de la opinión pública que las emociones, las creencias y los prejuicios.⁴⁶

Así, a los «hechos probados» (la ciencia) les salen competidores: las narrativas populistas que apelan a «emociones, creencias y prejuicios». Narrativas que conducen a una forma de creencia política: la creencia en el líder populista.

El populista, que se vale de la posverdad, tiene una estrategia que con-

siste en simplificar la complejidad de los problemas que sufre una sociedad, concentrar su solución en una acción simple y erigirse en el salvador en tanto que es capaz de realizar esa acción de manera eficaz. Todo esto envuelto en sentimientos patrióticos que anulan el raciocinio y contraponen «los nuestros» (los buenos) con «los otros» (los malos, los culpables). Problema: los culpables acaban siendo minorías débiles, fáciles de eliminar o de discriminar. Así, Duterte en las Filipinas se concentró en eliminar a los pequeños traficantes de drogas y Donald Trump, en los EE.UU., en denigrar a los inmigrantes latinoamericanos o a los afroamericanos. Esta estrategia permite, al mismo tiempo, mantener los privilegios de las clases dominantes, que quedan fuera del punto de mira de la opinión pública, pero que son, en gran parte, generadores de pobreza y desigualdad.

Ahora bien, enfrentados con el coronavirus, ciertos líderes han quedado desarmados. En efecto, la pandemia es un problema cuya complejidad escapa a la mente y al control del líder populista. Además, sus consecuencias son visibles y terribles: se cuentan en muertos. Y, finalmente, la manera de combatirlo perturba la pretensión de exclusividad de acción del líder populista porque implica la participación de toda la población: *distancia, higiene de manos, mascarilla, ventilación*. Entonces, si hay un mínimo de libertad de información, los datos epidemiológicos pueden desenmascarar la mentira y los fracasos del populista. En este sentido, muchos señalan que la gestión de la COVID-19 descabalgó a Donald Trump de la presidencia de los EE. UU. A principios de octubre de 2020, un periodista británico

apuntaba a la responsabilidad de Trump con algunos datos:

Solo el 16% del mundo cree que el presidente estadounidense hizo lo que era necesario: más bajo aún que el 19% de lo que creían del presidente chino, Xi Jinping [...]. Parte del daño en reputación deriva de la mala gestión del coronavirus en los EE. UU. Con más de 210 000 muertos, la tasa de mortalidad en América es cinco veces su proporción de la población mundial y más de 200 veces la tasa de muertos per cápita de China, donde se originó el patógeno. Un estudio reciente de exceso de mortalidad ha encontrado que los EE. UU. tenían un 28% de tasa de mortalidad más alto que Europa, pese a tener una densidad de población menor, una edad media más joven y tres semanas de más para anticipar la pandemia. Sería tentador cargar toda la culpa a las espaldas del Sr. Trump. De hecho, gran parte le pertenece. Ha rehusado crear una estrategia nacional del coronavirus, ha menospreciado la distancia social... y ha intimidado a los científicos del gobierno de los EE. UU. [...].⁴⁷

Quizás sucede que el populista aguanta cuando contrapone sus argumentos políticos a argumentos de otros políticos, pero naufraga cuando debe contraponer argumentos políticos con cifras de muertos. Y es que las leyes de la naturaleza son inflexibles: el relativismo y la posverdad acaban estamándose contra ellas, como en una pared. No en vano, uno de los personajes que colaboró en la derrota de Trump no fue un político, sino un médico: Anthony Fauci, epidemiólogo de la Casa Blanca.

8. CONCLUSIÓN

Este cuaderno constituye un intento de reflejar las distintas creencias contemporáneas en el espejo del coronavirus. De las imágenes resultantes podemos sacar enseñanzas en tres campos: primero, en relación con la naturaleza, la humanidad y Dios; segundo, en relación con las formas de creencia y, finalmente, en relación con la tradición judeocristiana como fuente de inspiración de creencias.

8.1. La naturaleza, la humanidad y Dios

En relación con la naturaleza, hemos constatado que sus leyes son inflexibles y llevan a la muerte a todos aquellos que pretenden saltárselas practicando ritos o acciones basadas en creencias que simplifican la complejidad de un acontecimiento contingente... y muy peligroso. En este sentido pueden entenderse las declaraciones del papa Francisco: «Dios perdona siempre; los humanos perdonan a veces; la naturaleza no perdona nunca». Es necesario seguir estas leyes para avanzar hacia una humanidad mejor y un entorno na-

tural más sostenible. Es lo que está haciendo la comunidad científica a nivel mundial para encontrar medicamentos y vacunas contra la COVID-19.

En relación con la humanidad, hemos aprendido que está lejos de dominar completamente la naturaleza con la ciencia, aunque esta forma de conocimiento nos ha ahorrado muertos en comparación con pandemias anteriores. Hemos constatado también que los humanos son seres de esperanza: en una vida biológica prolongada, en la supervivencia de la naturaleza después de la extinción de la humanidad, en formas colectivas de supervivencia como la nación, en líderes humanos

que nos salvarán o en diversas versiones de Dios. En cualquier caso, muchas de estas formas de esperanza muestran que «la humanidad no llega a constituirse en humanidad» (Edgar Morin).

En relación con Dios, hemos verificado que ciertas interpretaciones lo han convertido en un juez vengativo (el virus como castigo divino) o un farmacéutico impostor (obedecer la moral es el medicamento o la vacuna). Hemos visto también manipulada la religión por los intereses económicos de las clases dominantes que no han dudado en denigrar el confinamiento en nombre de «la libertad». Y, finalmente, una parte significativa del cristianismo ha sabido «callar de Dios», ser silenciosamente solidario y compasivo con las víctimas y respetar la ciencia médica con las medidas que proponía. Estos últimos manifiestan unas creencias compatibles con el cristianismo como soteriología metacósmica que espera en un Dios inefable hecho humano en Jesús de Nazaret, cuyo Espíritu conduce la historia cósmica y humana hacia su plenitud; un Dios que nos ha hecho capaces de poner la ciencia al servicio de esta plenitud.

8.2. Formas idolátricas de creencia

En tanto que acontecimiento *contingente* (fruto de la coincidencia de diversas cadenas causales independientes), el coronavirus tiene una complejidad considerable: una complejidad que genera efectos siniestros si se combate desde visiones o creencias que la simplifican. Efectivamente, tal y como afirma el teólogo Walter Kas-

per, «El mundo contingente no se deja comprimir en un sistema».⁴⁸

Otro nombre para *sistema* es *ídolo*. De hecho, los humanos poseemos el deseo de controlar todo aquello que amenaza nuestras vidas. Y sucumbimos a la construcción de ídolos: simplificaciones de la complejidad de la naturaleza o de la humanidad y reducciones de la grandiosidad incomprendible de la divinidad metacósmica... con la finalidad de justificar acciones que aparentemente solucionen nuestras amenazas.

Estos ídolos fundamentan un tipo de creencia que ha sido fuente de violencia en la historia humana. Así, en períodos históricos anteriores a la modernidad, cada creencia religiosa se consideraba la única verdadera y —a menudo— ejercía la violencia contra los creyentes de otras religiones. Desde el inicio de la modernidad hasta hoy, esta violencia —más o menos intensa— se ha continuado ejerciendo sobre quienes sienten, afirman y celebran Dios, o la naturaleza, o la humanidad en sus distintas variantes. En el espejo del coronavirus, estas creencias aparecen bajo la siguiente forma:

- a) reducen al interior de un sistema de *ideas* la complejidad e incomprendibilidad de la naturaleza, la humanidad y Dios;
- b) impiden que la persona se abra a una *experiencia emocional* armónica de relación con la naturaleza, con los humanos y con Dios;
- c) y desvían a la persona y a la comunidad de la realización de *acciones* o *rituales* que reconstruyan unas relaciones respetuosas con la naturaleza; fraternales con la huma-

nidad, y esperanzadas en un Dios misericordioso y salvador.

Esta forma idolátrica ya fue explicada por Francis Bacon al hablar de los «ídolos de la tribu»⁴⁹ y se ha concretado en la creencia en el progreso humano:

Vivimos en una concepción teleológica de la experiencia humana, como si estuviera regida por unas leyes que nos conducen inexorablemente a un mundo mejor. Pero el acontecer de la humanidad es una suma de factores en los que abundan los imponderables. Por mucho que apelemos a las leyes de Dios, de la historia o de la naturaleza —o que creamos en el progreso material ilimitado—, las astucias de la razón no siempre caen por el lado bueno y el *happy end* no existe ni en el Cielo ni en la Tierra.⁵⁰

Recientemente, esta idolatría ha calado en la gente en forma de teorías de la conspiración. En relación con estas teorías, afirma el pensador Yuval Noah Hariri:

Las teorías de la conspiración global argumentan que detrás de la infinidad de eventos que vemos en el mundo se esconde un único grupo siniestro. La identidad de este grupo puede variar: hay quien cree que el mundo está gobernado en secreto por francmasones, brujas o seguidores del satanismo; otros creen que lo gobiernan alienígenas, humanoides reptilianos u otras diversas camarillas. Pero la estructura básica siempre es la misma: el grupo controla casi todo lo que pasa, al tiempo que oculta este control. [...] Las teorías de

la conspiración global tienen un mismo defecto básico: suponer que la historia es muy sencilla. Parten de la premisa clave de que manipular el mundo es relativamente fácil. Un pequeño grupo de personas puede entenderlo, predecirlo y controlarlo todo, desde las guerras hasta las revoluciones tecnológicas y las pandemias. [...] Por supuesto que en el mundo hay muchas conspiraciones reales: individuos, corporaciones, organizaciones, iglesias, facciones y gobiernos que no paran de tramar e intentar sacar adelante todo tipo de complots. Pero esto es precisamente lo que hace que sea tan difícil predecir y controlar el mundo en su totalidad.⁵¹

Con todo, estas formas idolátricas acaban sacrificando a una parte de la humanidad, degradando la naturaleza o mutilando la esperanza que habita en los corazones de los humanos.

8.3. Formas armónicas de creencia

La pandemia del coronavirus ha revelado formas de creencia en las que la armonía se ha empezado a manifestar: especialmente cuando en el centro de atención no se han colocado ideas ni ídolos, sino a las personas concretas y a sus relaciones con las otras personas, la naturaleza y la divinidad. En el espejo del coronavirus, estas creencias han mostrado una dinámica que se podría describir del siguiente modo:

- a) hemos *actuado* codo con codo con gente que se desvive por la vida de las personas y por la preservación del planeta en el que viven;

- b) así, hemos hecho la *experiencia emocional* de pertenecer todos a una sola familia humana; de ser dependientes de una naturaleza que debemos respetar y disfrutar, y últimamente de esperar en un Dios que vence la muerte individual, humana y cósmica;
- c) y hemos empezado a dialogar (en vez de contraponer o descalificar) sobre *ideas* diversas con gente de creencias variadas.

En cualquier caso, se trata de formas armónicas de creencia que son a la vez *incompletas* y *precarias*.

Incompletas: ¿Cómo puede experimentar armonía completa el hijo que ha perdido a su padre o a su madre por la COVID-19? ¿Cómo podemos experimentar armonía completa al contrastar nuestra indiscutible condición mortal? ¿O al verificar que la humanidad no acaba de «construirse como humanidad» (E. Morin) porque, en las respuestas a la COVID-19, los gobiernos han privilegiado a los ciudadanos del propio país y, muy a menudo, han cedido a las presiones de los más poderosos de sus ciudadanos?

Precarias: muchos de los que repetician «Todo va a salir bien» y aplaudían al personal sanitario todos los días, por la tarde, desde sus balcones han olvidado su responsabilidad en la transmisión del virus y han contribuido a la expansión de las subsiguientes olas. Si los europeos no aprendimos después de Auschwitz, ¿vamos a aprender después del coronavirus? ¿O volveremos a la «nueva normalidad» sin cambiar las actitudes de antes respecto al medioambiente que han acelerado la zoonosis y respecto a la justicia social

que ha provocado muertos —sobre todo entre los más pobres—? ¿Vamos a seguir confiando ciegamente en la ciencia y el progreso sin hacernos personalmente responsables con nuestras creencias (experiencias, ideas, acciones) de trabajar día a día por la armonía? ¿Vamos a seguir cediendo al poder de los intereses económicos que no dudan en sacrificar o en descartar a los pobres? ¿Vamos a seguir dejándonos engañar por los líderes populistas? ¿O acaso hay valores que hemos practicado y que se han consolidado individual y colectivamente? Pienso en la solidaridad, la humildad, la apuesta por acompañar a quienes sufren, la valoración de la alta contribución social de trabajos poco cualificados, pero «esenciales» en tiempos de pandemia...

8.4. La inspiración judeocristiana

Para que estos valores que hemos practicado se consoliden y hagan crecer formas armónicas de creencia, la tradición judeocristiana ofrece inspiración. En este sentido, me maravilla la fuerza de la profecía de Isaías, claramente alineada con las soteriologías metacósmicas:

Una vara saldrá del tronco de Yesé; un vástago retoñará de sus raíces. Sobre él reposará el espíritu del Señor; el espíritu de sabiduría y de inteligencia; el espíritu de consejo y de poder, el espíritu de conocimiento y de temor del Señor. Su deleite será temer al Señor. No juzgará según las apariencias, ni dictará sentencia según los rumores. Defenderá los derechos de los pobres, y dictará sentencias justas en favor de la gente

humilde del país. [...] La justicia y la fidelidad serán el cinto que ceñirá su cintura. El lobo convivirá con el cordero; el leopardo se acostará junto al cabrito; el becerro, el león y el animal engordado andarán juntos, y un chiquillo los pastoreará. La vaca y la osa pacerán, sus crías se echarán juntas; y el león comerá paja como buey. El niño de pecho jugará sobre la cueva del áspid, y el recién destetado extenderá su mano sobre la cueva de la víbora. Nadie hará mal ni daño alguno en ninguna parte de mi santo monte, porque la tierra estará saturada del conocimiento del Señor, así como las aguas cubren el mar. Cuando llegue ese día, sucederá que los pueblos irán en busca de la raíz de Yesé, la cual se plantará como estandarte de las naciones; y su habitación será gloriosa (Isaías 11,1-10).

Notamos que Isaías describe *una armonía entre todos los humanos* («estandarte de las naciones», «defenderá los derechos de los pobres»), una armonía natural más allá de la heterotrofia («El lobo convivirá con el cordero; el leopardo se acostará junto al cabrito», «el recién destetado extenderá su mano sobre la cueva de la víbora») y una relación confiada de toda la creación con Dios («la tierra estará saturada del conocimiento del Señor»).

El cristianismo conecta el Espíritu del Señor de Isaías con el Espíritu de Jesús de Nazaret, que trabaja en la his-

toria humana y cósmica con la esperanza de una armonía cada vez mayor:

Y es que la creación entera está gimiendo, a una, con dolores de parto hasta el día de hoy. Y no sólo ella, sino también nosotros, que tenemos las primicias del Espíritu, gemimos dentro de nosotros mismos mientras esperamos la adopción, la redención de nuestro cuerpo. Porque con esa esperanza fuimos salvados (Romanos 8,22-24a).

En cualquier caso, las formas armónicas de creencia en términos de *experiencia* y *acción* son compatibles con diversas *ideas*: unos comprenden la experiencia y la acción como fruto del Espíritu de Dios; otros, como manifestación de las energías profundas de la naturaleza; otros, como el estallido de la alegría de sentirnos plenamente humanos; otros, basándose en las concepciones de sus tradiciones religiosas no judeocristianas.

Vengan de donde vengan, estas formas no crecerán con las contraposiciones que las convierten en idolátricas, sino con el diálogo entre ellas en torno de cualquier situación que amenace la vida de las personas o del planeta. Porque en cualquier situación —también en la pandemia del coronavirus— este diálogo de creencias (experiencia, acción e ideas) tiene la virtud de hacer avanzar la historia cósmica y humana hacia la plenitud.

1. El autor agradece muy cordialmente a los miembros del Seminario Teológico de Cristianismo i Justicia del curso 2020-2021 los comentarios y la discusión de diversos borradores del presente cuaderno.
2. RUIZ DE LA PEÑA, Juan Luis (1988). *Teología de la creación*. Santander: Sal Terrae, p. 162.
3. TAYLOR, Charles (2007). *A Secular Age*. Cambridge: Belknap-Harvard, p. 1.
4. «[L]os fenómenos religiosos siempre están estructurados en dos niveles (*paliers*): un nivel primario, que es el de la experiencia intensa extracotidiana del contacto emocional con el principio divino; un segundo nivel, en el cual la experiencia primaria se socializa y se racionaliza, diferenciándose, por un lado, en creencias y, por otro, en cultos y ritos». DUCH, Lluís (2001). *Armes espirituals i materials: religió*. Montserrat: Publicacions de l'Abadia de Montserrat, p. 82. Lo que Duch denomina «creencias» es lo que nosotros denominamos (siguiendo a José Ortega y Gasset) «ideas».
5. ORTEGA Y GASSET, José (1934). *Ideas y creencias*.
6. En este sentido, el conjunto de creencias que conviven en una persona se puede relacionar con la idea de «el mundo dado por descontado» de Alfred Schütz: «[...] Sus emociones [del individuo] y la interpretación de sí mismo, igual que sus acciones, quedan definidas por la sociedad para él, y esta es su vía de acceso cognoscitiva hacia el universo que lo envuelve». Alfred Schütz ha sintetizado esta realidad en la siguiente frase: «El mundo se da por descontado»; es decir, el sistema de suposiciones que aparentemente se hacen patentes y se validan por ellas mismas respecto del mundo que engendra cada sociedad en el curso de su historia. Esta visión del mundo determinada socialmente está especificada ya, como mínimo en parte, en el lenguaje que utiliza la sociedad». BERGER, Peter (1992). *Introducción a la sociología*. México: Limusa, p. 165.
7. ORTEGA Y GASSET (1934). *Op. cit.*
8. CAMUS, Albert (1947). *La peste*. París: Gallimard-Folio, p. 109.
9. AMALADOSS, Michael (2016). *Experiencing God in India*. Anand, Gujarat Sahita Prakash, p. 23.
10. *Ibid.*, p. 24.
11. GARCÍA DONCEL, Manuel (2010). «¿Creación! pero “creación evolutiva”», *Iglesia viva*, 242. Abril-junio, 27. (Las cursivas son nuestras). El teólogo es el cardenal Baronio, seguramente inspirado en San Agustín.
12. RUIZ DE LA PEÑA, Juan Luis (1988). *Op. cit.*, p. 76.
13. RUIZ DE LA PEÑA, Juan Luis (1988). *Op. cit.*, p. 84.
14. Cfr. TAYLOR, Charles (2007). *Op. cit.*, capítulos 6 y 7.
15. GARCÍA DONCEL, Manuel (2010). *Op. cit.*, p. 28. «¿Qué había “antes” del Big Bang? Sabemos que el universo tiene 13 770 millones de años. Más allá todo es opaco y solo hay teorías no demostrables.», Jon Marcaide, astrofísico. *La Vanguardia*, 23 de julio de 2021, (p. 64). En relación con las categorías de tiempo y espacio, Raimon Panikkar argumenta: «El tiempo no tiene final porque el final es en sí mismo ya temporal [...]. El espacio es espacio porque el límite del espacio ya es espacial.» *Christophany. The Fullness of Man*. (2004). Nueva York: Orbis Maryknoll, p. 140.
16. GARCÍA DONCEL, Manuel (2010). *Op. cit.*, p. 35.
17. Cfr. MÀRIA, Josep F. (2020). «Más allá del yo protegido». *Razón y fe*, 1446, pp. 57-68.
18. FERRATER MORA, José (1971). *Diccionario de filosofía*. Buenos Aires: Ed. Sudamericana, Vol. I, «azar», p. 169.

19. KASPER, Walter (2020). «El coronavirus como interrupción: suspensión y salida», en: KASPER, Walter y AUGUSTIN, George (eds.), *Dios en la pandemia*. Santander: Sal Terrae, p. 18.
20. JOU, David (2008). *Déu, cosmos, caos*. Barcelona: Viena Edicions, p. 116.
21. JOU, David (2008). *Op. cit.*, p. 119.
22. JOU, David (2008). *Op. cit.*, p. 147.
23. O'MURCHU, Diarmuid (2020). «The Death and Resurrection of St Corona(virus)». *A call to action*. <https://www.acalltoaction.org.uk/news/798-the-death-and-resurrection-of-st-corona-virus> (Acceso: 22 de julio de 2021).
24. NOGUÉS, Ramon M. (1997). *El mal físic i el dolor: corrupció de la naturalesa?* Barcelona: Editorial Claret, p. 31.
25. NOGUÉS, Ramon M. (1997). *Op. cit.* pp. 30-31.
26. MARTÍNEZ, Layla. «¿A quién vamos a matar?» *El salto*. <https://www.elsaltodiario.com/coronavirus/layla-martinez-quien-vamos-matar-pandemia-> (Acceso: 25 de marzo de 2020).
27. MARZO, Mariano (2020). «Pandèmies: un risc existencial per a la humanitat». *La Vanguardia*, 14 de abril, p. 28, y RAMONET, Ignacio (2020), «La pandemia y el sistema mundo», *Le Monde diplomatique*, pp. 5-6.
28. O'MURCHU (2020). *Op. cit.*
29. BARRANCO, Justo (2021). «Zizek torna a la pandèmia», *La Vanguardia*, 30 de enero, pp. 34-35.
30. O'MURCHU (2020). *Op. cit.*
31. CAMUS (1947). *Op. cit.*, p. 279.
32. LLIMÓS, Albert (2020). «La mà de la infermera», *Ara*, 7 de abril, p. 11.
33. RAMONEDA, Josep (2020). «Pandèmia, salut i llibertat», *Ara*, 20 de mayo, p. 40.
34. VILLATORO, Vicens (2020). «No és una guerra», *Ara*, 20 de abril, p. 2.
35. CARDÚS, Salvador (2020). «Victòries del nacionalisme espanyol», *Ara*, 28 de abril, p. 40.
36. FISCHER, Joschka (2020). «Responsabilitat o ruïna», *Ara*, 3 de julio, p. 20.
37. RAMONEDA, Josep (2021). «Vacunes: de la ciència a la política», *Ara*, 27 de enero, p. 40.
38. Esta distinción responde a dos significados del «creer» que exigen el latín para diferenciarse. El primer «creen en la ciencia» se formula en latín como *credere Scientiae* y significa creer en aquello que la ciencia dice, porque es cierto y útil. El segundo se formula en latín como *credere in Scientiam* y significa confiar en ella plenamente, sin contestación ni interpretación.
39. PIERA, Joaquim (2020). «Bolsonaro troba en els evangèlics l'altaveu contra el confinament», *Ara*, 20 de abril, p. 16.
40. *Ibidem*.
41. (2020). «Presentación», *Manresa*, Vol. 92, (p. 211). Véase, significativamente, la exhortación del papa Francisco del 27 de marzo de 2020 desde la Plaza San Pedro del Vaticano. <https://www.vaticannews.va/en/pope/news/2020-03/urbi-et-orbi-pope-coronavirus-prayer-blessing.html> (Acceso: 16 de abril de 2020).
42. AUGUSTIN, George (2020). «Dar testimonio de la vida en un mundo de muerte», en KASPER y AUGUSTIN (2020). *Op. cit.*, p. 68.
43. GIMÉNEZ, Josep (2020). «Crear en Dios en tiempos del Covid-19», *Manresa*, Vol. 92, p. 229.
44. Cfr. HALIK, Tomás (2020). «La pandemia como experiencia ecuménica», en KASPER y AUGUSTIN (2020). *Op. cit.*, p. 94.
45. RIERA, Fèlix (2020). «Covid-19 i religió», *La Vanguardia*, 2 de junio, p. 21.
46. ÀLVARO, Francesc-Marc (2020). «El legado de la mentira», *La Vanguardia*, 5 de noviembre, p. 30.
47. LUCE, Edward (2020). «Trump's debate is accelerating decline in America's standing», *Financial Times*, 2 de octubre.
48. KASPER (2020), *op. cit.*, p. 22.
49. «Los ídolos de la tribu son propios de toda la raza humana. Existen en gran número: tendencia a suponer que hay en la Naturaleza más orden y regularidad de los que realmente hay; tendencia a aferrarse a las opiniones adoptadas, influencias nocivas de la voluntad y de los afectos, incompetencia y engaños de los sentidos, aspiración a las abstracciones y a otorgar realidad a las cosas que son meramente deseadas o imaginadas». FERRATER MORA, *Op. cit.*, vol. I, «ídolo», p. 908.
50. RAMONEDA, Josep (2020). «Psicología i política del desconfinament», *Ara*, 17 de junio, p. 40.
51. HARARI, Yuval Noah (2020). «Quan el món sembla una gran conspiració», *Ara*, 23 de noviembre, p. 25.

PREGUNTAS PARA LA REFLEXIÓN

1. ¿Qué experiencias has vivido que hayan reforzado tu «creencia práctica en las personas»? ¿Qué otras han debilitado esta creencia? (apartado 5.1)
2. ¿Qué imagen de Dios emerge de las diversas «creencias» que se describen en el apartado 6?
3. ¿Qué cosas buenas nos aporta la ciencia, y qué límites hay que reconocerle?
4. ¿De qué nos advierten los postmodernos? ¿Qué consecuencias peligrosas identificamos en su actitud escéptica?
5. ¿Crees que es realista la dinámica de las creencias descrita en el apartado 8.3? ¿En qué otras crisis sociales la puedes identificar?
6. Interpreta en otro contexto la frase del Papa Francisco «Dios perdona siempre, los humanos perdonan a veces; la naturaleza no perdona nunca» (apartado 8.1).

Cristianisme i Justícia (Fundació Lluís Espinal) es un centro de estudios creado en Barcelona el año 1981. Agrupa un equipo de voluntariado intelectual que tiene por objetivo promover la reflexión social y teológica para contribuir a la transformación de las estructuras sociales y eclesiales. Forma parte de la red de centros Fe-Cultura-Justicia de España y de los Centros Sociales Europeos de la Compañía de Jesús.

Cuadernos CJ

Últimos títulos

- 218. *¿Ser cristiano en Europa?* V. Codina
- 219. *Vulnerables.* J. Laguna
- 220. *¿Por qué Haití?* P. Farràs
- 221. *El shock pandémico.* O. Mateos
- 222. *Pasión, muerte y resurrección de los derechos humanos.* J. Ordóñez
- 223. *Luz y sombras.* J. I. González Faus
- 224. *La verdad secuestrada.* J. García del Muro, F. J. Vitoria y S. Herrera
- 225. *El coronavirus: espejo de creencias.* Josep F. Mària

La Fundació Lluís Espinal envía gratuitamente los cuadernos CJ. Si desea recibirlos, pídalos a:

Cristianisme i Justícia

Roger de Llúria, 13, 08010 Barcelona
93 317 23 38 • info@fespinal.com
www.cristianismejusticia.net

También puede descargarlos en:
www.cristianismejusticia.net/es/cuadernos

